

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Proposición condenada por la Santa Sede.
«Romanus Pontifex debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti a-

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.
«Romanus Pontifex debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti a-

PARTE EXTRANJERA. — En Madrid: 12 rs. al mes. — En Provincias: 20 rs. al mes y 20 por trimestres en casa de los comi-

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta, y Lizcano. — Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

TELEGRAMAS.

NUEVA-YORK, 30. — En el Canadá, los salteadores de Sant Alban han sido puestos en libertad por medida gubernativa; pero no serán entregados a los federales, sino que por el contrario, se les prende en virtud de mandato judicial por pensar sobre ellos una nueva acusación de tentativa de asesinato.

PARIS, 9. — El Economiste français publica los siguientes interesantes datos sobre la producción del algodón en Argelia:

«La exportación de algodón en 1853 no fué más que de 4,301 kilogramos; se elevó progresivamente á 12,369 en 1854. En 1855 á 104,010 kilogramos. En 58 á 149,000. En el año 60 á 297,000, y en 64 á 376,000.

«La superficie de algodón cultivada en Argelia representa un total de 3,016 hectáreas. El precio medio en los mercados de Marsella, Havre, Lille y Mulhouse es de 10 francos el kilogramo. La mayor parte del algodón argelino viene de la provincia de Oran.

Se calculan en más de 100,000 hectáreas la extensión de tierras argelinas que cultivan actualmente los colonos.

PARIS, 10. — El periódico titulado Union Angers, ha sido suspendido por dos meses á causa de haber publicado falsas noticias con las cuales pretendía excitar la animadversión pública en contra del Gobierno constituido. (Monteur.)

PARIS, 10. — En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español á 43 0/0; el 3 exterior á 00 0/0; la diferencia á 00 0/0; la amortizable á 00 0/0; el 3 por 100 francés á 67-55 y el 4 1/2 á 96-00.

LONDRES, 10. — Los consolidados ingleses quedaban de 94 á 7/8.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.
MADRID 11 DE ABRIL DE 1865.

«Han terminado completamente los tristes y escandalosos acontecimientos que el pueblo de Madrid estuvo presenciando el sábado, y que con mayor gravedad se reprodujeron ayer».

Parece que sí. A las primeras horas de la mañana, en que tomamos la pluma para escribir estas líneas, reina la tranquilidad, y desde las doce de la pasada noche han desaparecido en las calles contiguas á la Puerta del Sol los grupos de revoltosos que ayer tarde materialmente asediaban aquel punto céntrico de la población.

Parece que sí; pero hasta que pase algún tiempo no podemos asegurarlo. Tal es el extraño, el anómalo carácter que ha dado al pasado ó presente motín una fisonomía singular, un aspecto especial que le distingue de todos los motines que hasta ahora hemos presenciado en la corte.

No queremos hoy dibujarlo mendazmente: no sería patriótico ni digno quizás entrar en ciertas apreciaciones, de que por ahora debemos abstenernos. Baste por hoy observar que la actitud amenazadora, los gritos sediciosos, la resistencia á la fuerza pública y las demostraciones hostiles á la autoridad principiaron el sábado; que el domingo, el orden material era completo, y sólo reinaban la agitación consiguiente al relato de lo acaecido el día anterior, y la alarma de los anuncios y vaticinios, harto fundados por desgracia, de lo que iba á suceder al día siguiente.

Y dentro del día de ayer se advirtió en el motín esta especie de intermitencia. Principió en los alrededores de la Universidad á las doce del día; desapareció de allí á las tres de la tarde; continuó con flojedad, y casi se dispuso del todo en la Puerta del Sol hasta el anochecer, en que volvió á exacerbarse, entrando desde entonces en su período álgido de resistencia armada, si bien parcial, á la fuerza pública, resistencia que ha producido muertes, según se dice, y numerosos heridos de una y otra parte.

No es así como regularmente proceden los tumultos y rebeliones, que ora estallan de una vez con toda su fuerza, ora la van desplegando poco á poco con no interrumpido incremento, hasta que triunfan, ó decaden con la misma regularidad cuando van á ser vencidos.

Y para que la anomalía sea mayor, debemos consignar que tanto la asonada del sábado como la del lunes se circunscribieron á radios diferentes, pero siempre únicos y muy limitados: el sábado por la noche, á los alrededores de la calle de Santa Clara; el lunes por la mañana, á los alrededores de la Universidad, y la noche del mismo día, á los alrededores de la Puerta del Sol. En determinadas épocas, todo estaba en efervescencia y alboroto en dichos puntos, y el resto de la población tranquilo en apariencia, y como si nada estuviese pasando en alguna de aquellas localidades.

Hé aquí la razón que nos asiste para suponer que el motín ha terminado anoche, sin poder asegurar todavía á nuestros lectores que no se reproducirá.

Lo que sí podemos decirles á boca llena, y haciéndolos eco del común sentir, es que el

Gobierno en la represión se ha pasado de prudente; que el pueblo de Madrid ha dado un admirable testimonio de sensatez, y que la calma, el aguante de las tropas, su valor pasivo ante la gritería, silbidos y desobediencia de las turbas, han causado general y verdadero asombro.

Dejemos estos hechos sobre los cuales más de una vez tendremos que hablar, cuando podamos hacerlo con pleno conocimiento de causa y sin el más remoto peligro para el orden público; dejemos también la relación de lo ocurrido para otros artículos de este mismo número, y vamos á remontarnos al origen de tan lamentables y por desgracia sangrientos sucesos.

En todos los acontecimientos de esta especie hay causas ó pretextos inmediatos, y las hay también remotas que son la verdadera raíz de donde arrancan. El pretexto del actual motín ha sido la destitución del Sr. Montalban, rector de la Universidad central, y el nombramiento del señor marques de Zafra. El cargo de rector, no sólo es completamente amovible, sino de la exclusiva confianza del Gobierno, que tiene en esos puestos un delegado para vigilar por el cumplimiento de las leyes académicas. Apénas hay Gobierno alguno que, habiendo permanecido cierto tiempo en el poder, no haya hecho uso de este derecho, y el ministerio actual, entre otros, destituyó el 49 de Febrero último al rector de la Universidad de Zaragoza en los propios términos y con idénticas palabras que al Sr. Montalban, sin que nada tuviesen que decir contra este acto los diarios de más furibunda oposición.

No se concibe, pues, cómo un decreto que no es más que un hecho administrativo completamente legal, personalísimo, y por lo tanto de una importancia en sí muy secundaria, haya podido dar margen á tan graves perturbaciones del orden público, al derramamiento de sangre, á muertes en fin.

¿Será por ventura causa de tantas desgracias el nombramiento del rector que ha venido á sustituir al Sr. Montalban? Es más inconcebible esta idea que la primera. No ha podido hacer el Gobierno un nombramiento más adecuado para calmar los ánimos y apaciguar las pasiones. El señor marques de Zafra no pertenece á ningún partido político; ha seguido constantemente y por largos años la carrera judicial y del magisterio, ha sido en estos últimos cinco años rector de la Universidad de Oviedo; ha venido inmediatamente de la de Granada á la de Madrid: es, como ayer recordó muy oportunamente al tomar posesión de su nuevo cargo, el único que ha entrado en los rectorados por la puerta de la magistratura: no hay, por consiguiente, tacha alguna que ponerle, no hay flanco por donde pueda atacarsele.

¿Qué significan, pues, los ataques que se le han dirigido, no ya por medio de la imprenta y dentro de la ley, sino tumultuariamente, en las calles públicas, con las armas en la mano, contra aquel funcionario, y al mismo tiempo contra el soldado español, contra los hijos y primeros defensores de la madre patria? ¿Qué significan? ¡Ah! Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo siente, y nosotros vamos á decir con nuestra acostumbrada franqueza y claridad lo que siente y sabe todo el mundo.

Detrás de los nombres propios y respetables del señor marques de Zafra y Montalban hay otros, y entre ellos campea en primera línea el del Sr. Castelar.

El Sr. Montalban, hombre pacífico, sensato, enemigo de jaranas y aun de emociones, representa en esta ocasión el papel del Héroe por fuerza, que parece indispensable en los deplorables dramas de esta especie; y en el reparto que la revolución ha hecho de la escandalosa farsa que quisieramos hubiese terminado ayer, le ha cabido al marques de Zafra el papel de víctima sacrificada á los odios del populacho. Los méritos, las virtudes, los talentos del nuevo rector, grandes en sí, pudieran ser mayores, pero su papel en circunstancias análogas, siempre será el mismo.

Pero aun dentro de estas condiciones, la revolución ha carecido de tino (cosa extraña en ella), y de oportunidad.

Ha carecido de tino, porque el Sr. Castelar, de popularidad, no digamos de popularidad, dudosa ya y decadente entre los suyos, doctrinario entre los demócratas, pastelero entre los revolucionarios de raza, hombre de pica y no de acción, de relumbrones y no de carácter, considerado como hombre público, está completamente desprestigiado, desciendo ya de su apogeo y no puede servir de bandera para un motín.

La bandera del actual es la cuestión de enseñanza, y si el motín se ha hecho, es porque la revolución prevé que el Gobierno va á poner el dedo en la llaga, y esta llaga inflamada y sanguinolenta, es la parte más sensible, la más delicada y viva en la revolución.

La revolución, empero, tiene la desgracia de que el nombre del Sr. Castelar, sea fatalmente el primero que se presente al tocarse esta cuestión. El Sr. Montalban ha faltado abierta y evidentemente á sus deberes de rector en no formar al Sr. Castelar el expediente gubernativo que marca el reglamento, en no haberle amonestado por su conducta pública, como lo prescribía el reglamento; y la falta del antiguo rector, sus compromisos ó la debilidad de su carácter justifican plenamente la medida de su separación, que es el colmo de la conveniencia que puede tener un acto meramente administrativo. En la conciencia de todo el mundo está que el expediente contra el Sr. Castelar ha debido formarse hace mucho tiempo, y la conciencia pública reconoce igualmente que el Gobierno estaba en ridículo y la ley hollada, mientras no se formase ese expediente al Sr. Castelar.

Hé aquí la desgracia de la revolución: el pretexto elegido es pésimo, ni siquiera tenía apariencias de tal.

Pero aun le queda otra mayor desventura. El motín ha abortado por una malograda serenata estudiantina, se ha reproducido en la Universidad, y es un hecho público y notorio que una gran parte de los estudiantes, no todos ni con mucho, ni por cierto los más aplicados ni de mayor talento, han sido en la ocasión presente ciegos y serviles instrumentos de los constantes perturbadores del orden público.

¿Qué se desprende de aquí? Una consecuencia que dicta el sentido común. Si esos estudiantes tuviesen mejores maestros, si la doctrina que públicamente se les enseña no fuese la de la impiedad y rebelión, no habrían alarmado al senado público de Madrid, ni á las gentes honradas de toda la monarquía; no se habrían verificado esos escándalos, ni ultrajados á la autoridad, al ejército, á la respetabilísima y por tantos títulos veneranda institución de la Guardia civil; no se hubiera derramado sangre entre los soldados, sangre entre el pueblo, ni se hubieran conducido hoy dos ó tres cadáveres más al cementerio.

Luégo todos estos hechos forman sin querer una página más, una página horrible en el expediente que debe entablar, según la ley, á las malas catédricas, á los que enseñan doctrinas disolventes, subversivas, incompatibles con toda disciplina académica y con toda sombra de orden social.

Dejemos aquí la pluma, porque insensiblemente nos hemos ido remontando á las causas primitivas y esenciales del motín de estos días, causas que no nos hemos propuesto tratar por hoy.

FRANCISCO N. VILLOSLADA.

CUESTION UNIVERSITARIA.

SUCESOS DE LA TARDE Y NOCHE DE AYER. — Siguiendo nuestra costumbre en semejantes casos, vamos á trasladar á nuestros lectores lo que dicen varios periódicos respecto al asunto que encabeza estas líneas.

Desde antes del mediodía se veía la calle Ancha de San Bernardo llena de grupos de estudiantes y no estudiantes, y crecido número de curiosos; la multitud era más densa en las inmediaciones de la Universidad, pero habiéndose apostado dos piquetes de la caballería de la Guardia civil, estos recorriendo el trecho que media entre la calle de la Luna y la traviesa de las Pozas, y no permitiendo que en él se parase persona alguna, hizo que los grupos se trasladaran á los confines del claro que la fuerza había formado.

Antes de la toma de posesión del señor marques de Zafra, cuando los grupos de estudiantes, engrosados por otras gentes extrañas á las aulas, se disponían á continuar en sus hostiles demostraciones contra la autoridad constituida; un joven, como de veinte años, subido en una ornamina inmediata á la puerta de dicha Universidad, dirigió á la multitud la siguiente arenga:

«Después de la innecesaria y anticipada gritería que acabamos de dar: después del acto imprudente que acabamos de cometer escribiendo dos veces la palabra *cuartel* á la puerta de la Universidad, nada tenemos ya que hacer aquí. Séo diré que será hombre sin dignidad, infame y cobarde, el que pise en lo sucesivo las gradas de esta Universidad tan cara para nosotros.

«Queréis que vayamos desde aquí á casa de Montalban. No y mil veces no. (El orador pataba fuertemente por la oposición del auditorio.) Esto será un ridículo, y sobre comprometer á este, daría por resultado que nos dispensaran como la otra noche de ir de un modo aspero é ignominioso.

«Se me olvidaba al principal. Habiendo sido convertido en cuartel la Universidad, no sólo no debemos volver más á ella, sino que se debe arrancar esa piedra que es *Universidad Central*. (Vivos aplausos.) — Esperemos á que llegue otra época más favorable en que se respeten y se desagravien los fueros de la enseñanza pública. Creo que sea bastante para protestar este acto de demostración, el cual, ya ejecutado, debemos retirarnos. Vámonos, señores. Pero antes de que nos retiremos, propongo un viva á nuestra querida Universidad. Viva la Universidad.

«Constitución unánime y prolongada.»
«En seguida la multitud se retiró de la puerta de la Universidad, dirigiéndose á la plaza de Isabel II, poco antes de la llegada al mismo edificio del nuevo rector señor marques de Zafra.»

(Espíritu Público.)

De lo ocurrido en el Paraninfo de la Universidad en el acto de la toma de posesión dimos cuenta en nuestra última hora y aun cuando dimos también un extracto del discurso que pronunció el nuevo rector, vamos ahora á insertarle íntegro.

Señores: Al verme promovido á este preeminente rectorado desde el de Granada, en cuya insigne universidad fui alumno y maestro, donde conservo mi más cara afección, donde un deber filial me retiene, donde pensaba descansar de treinta y dos años de servicios en la enseñanza, en la judicatura y en la magistratura, no he podido menos de preguntarme á mí mismo los motivos que puede haber tenido el Gobierno de S. M.

Yo creo, señores, que no ha buscado un hombre político, y por eso acaso habrá puesto los ojos en mí, que lo he sido nunca, ni lo soy, ni tengo la aspiración de serlo.

Quizá habrá querido un hombre práctico, y por eso ha traído un rector de provincia, versado ya en el ejercicio de este cargo, que tengo el honor de desempeñar há cinco años. Buscaba un hombre de ley, y por ello ha escogido entre los rectores al único que ha entrado en los rectorados por la puerta de la magistratura. Hombre de ley ha buscado, y hombre de ley tendrá en mí, sin pasión, sin esperanza, sin temor. En todos mis cargos he creído conducirme con benevolencia y con justicia. Con justicia y benevolencia vengo. Espera á juzgarme con imparcialidad y con justicia.

La Correspondencia, después de reseñar el acto de la toma de posesión, continúa diciendo:

«Mientras está pasando dentro de la Universidad, en la calle y en las inmediaciones, los estudiantes, desde casa de las once habían ido agrupándose y tomando una actitud intranquila, segundando voces y silbidos. Dices que algunos de estos quisieron borrar el letrero de Universidad central y sustituirle con otro; pero lo impidió la Guardia veterana que vigilaba en aquel sitio con parejas y patrullas, por lo cual se contentaron con poner un letrero en la puerta, que decía: «Cuartel de la Guardia civil.» Si bien este letrero fué borrado al poco rato.

«Un grupo de unos doscientos ó trescientos estudiantes se dirigió á la calle de Santa Clara, y una comisión de los mismos subió á felicitar al Sr. Montalban, rogándole que se asomase al balcón, como en efecto lo hizo, dirigiendo algunas frases á los estudiantes para disuadirlos de sus propósitos alarmantes, y para que desistiesen de sus manifestaciones que, por mucho que las agradece, pueden ser en extremo peligrosas.

«Otro grupo de estudiantes se dirigió también á Palacio, pero al impulso de un descomulgado de la guardia del regimiento de Alcazar, que les intimó la orden de retirarse. La autoridad ha procurado dejar cierta expansión á los estudiantes, con el fin de no darles pretexto para mayores excesos y para no mostrar una severidad que pudiera ser origen de amargas lágrimas para muchas honradas familias que no pueden oponerse á que sus hijos tomen parte en actos que tan fácilmente pueden convertirse en tumultuosos; pero al mismo tiempo se han adoptado todas las precauciones necesarias para evitar que el orden se altere, y se puedan aprovechar de esas estudiantiles manifestaciones personas que quizá sólo estudian con el demonio, como vulgarmente se dice.

«En la Puerta del Sol los grupos de estudiantes, y curiosos han dado lugar con sus manifestaciones á que la autoridad procure desahogar el sitio y establecer un retén de la Guardia veterana de á caballo en el centro y algunas parejas de infantería en las bocas de las calles.

«Además se han dispuesto algunas patrullas. Consecuencia de esto ha sido el que haya algunas carreras y que se cierren las puertas de los establecimientos públicos de las inmediaciones de la Puerta del Sol.

«Entre los sujetos que más se han distinguido por sus gritos, se han hecho algunas prisiones, tanto en los alrededores de la Universidad, como en la Puerta del Sol; y en este último punto, parece que ha sido herido de más ó menos gravedad, un joven decentemente vestido, por profutar gritos subversivos.

«A las tres y media de la tarde, la mayoría de los estudiantes se había retirado á sus casas, quedando tan sólo en la Puerta del Sol algunos curiosos y algunas fuerzas de la Guardia civil.

Las Noticias: «Concluida la ceremonia se despidió con orden el salón volviendo á agruparse en la calle todos los que en aquel se hallaban.

«Por algunos se dieron voces aconsejando á los demás para que fueran á la calle de Santa Clara donde vive el Sr. Montalban, ex-rector de la Universidad, con objeto de visitarlo. En efecto así lo hicieron, pero cambiando sin duda de propósito se dirigieron primeramente hacia la Plaza de Oriente y dieron algunas voces bajo los balcones de Palacio, lo cual sabido por el capitán general Sr. Cassel, determinó salir en seguida como así lo verificó acompañado de sus ayudantes y de una escolta compuesta de soldados de uno de los regimientos de Húsares.

«Los estudiantes no llegaron, sin embargo, á Palacio, sino que desde la calle de Carlos III se dirigieron á la de Santa Clara, donde victorearon al Sr. Montalban, y subiendo algunos á las rejías de la casa y otros á su misma habitación, donde fueron inmediatamente recibidos por aquel señor; le suplicaron que saliese al balcón, y así lo hizo, indicando que iba á hablar, inmediatamente se restableció el silencio, y dirigiéndose entonces la palabra al Sr. Montalban, les pidió que les diesen una nueva prueba de cariño y estimación, retirándose pacífica y ordenadamente á sus casas.

«Cuando terminó de hablar volvieron á oírse vivas, é inmediatamente quedó abandonada la calle de Santa Clara, dirigiéndose la multitud á la Puerta del Sol. En este sitio se les unieron gran número de curiosos hasta el punto de quedar casi obstruido el paso, lo cual visto por la autoridad, dispuso esta que la Guardia civil ocupase todas las bocas de calle que á ella confluían, con objeto de efectuar el despeje, y así se hizo varias veces, teniendo necesidad algunas de que evolucionasen para ello la fuerza pública.

«Al dirigirse ayer tarde los estudiantes desde la Universidad hasta la casa del Sr. Montalban, se notaba una bandera ó estandarte blanco, que uno de ellos llevaba á la cabeza del grupo, y cuando desde allí se fueron á la Puerta del Sol, como en otro lugar decíamos, al separarse dieron gritos citándose para las cinco en la acera del café Imperial, con objeto de dirigirse luego á casa del señor marques de Zafra.

«Al intimar ayer tarde un Guardia civil á un jo-

ven la orden de que abandonase el puesto en que se hallaba en la Puerta del Sol, el último se negó á obedecer, pegando con un palo al guardia. Este desatado á la autoridad, obligó al guardia á sacar el machete, con el cual pegó en el brazo al que así se le oponía, conduciéndolo luego á la guardia del Principal.

De las ocurrencias de la noche refieren varios diarios lo siguiente:

El Espíritu Público: «Escribo cuanto han visto nuestros lectores más arriba, la asonada estudiantil tomó un carácter más pronunciado de agresión; á los silbidos, á los gritos, á las injurias estúpidas, siguió el criminal suceso que hemos visto y que vamos á narrar.

«A las ocho de la noche las grandes arterias de la villa que conducen á la Puerta del Sol se llenaron de gente; numerosos grupos de escolares, acompañados de una turba soez, de lo más despreciable del populacho, que no del pueblo, se dirigían gritando al ministerio de la Gobernación, ante este espectáculo, la Guardia civil trató de dispersar á los amotinados, pero surgieron brujas á la república; muertas á elevadísimas personas, muertas á instituciones respetadas y respetables.

«En la Carrera de San Jerónimo, esquina de las Cuatro Calles, un pelotón, compuesto como de 1,000 hombres sucios, muy sucios, acuchillados por algunos jóvenes bien vestidos, un pelotón, pues, en ademán hostil arrojó algunas piedras sobre la Guardia civil, lanzando sobre dicha tropa las más horribles imprecaciones, dando vivas á la democracia y muertas á personas que representan instituciones.

«Entonces, y sólo entonces, la Guardia trató de dispersar á los amotinados. En la confusión, en el tropel, en el desorden, un tal Navas, hijo de las islas Canarias, contrarrestaba el torrente de los amotinados, cuando uno le pegó un tiro; un guardia apuñaló al agresor y le hirió. Navas fué conducido al Casino, donde murió poco después; su asesino también daba pocas esperanzas de vida á las once de la noche. En la pequeña escaramusa hubo además cinco ó seis heridos. Se hicieron presos á unos 80 hombres, entre los cuales hay media docena de levitas; los demás pertenecen, en su totalidad, á esos rostros feroces que en los días de barricadas dan tono y colorido y vida al cuadro del pillaje.

«Las autoridades todas, tanto civiles como militares, se constituyeron en el ministerio de la Gobernación: el general Narvaez mandó á uno de sus ayudantes, al bizarro comandante Bárbara, á que fuera al cuartel de la Montaña del Príncipe Pío, para que bajara un batallón del regimiento de Asturias. De este batallón se quedaron dos compañías en torno del Palacio Real, dos en la plaza de Santo Domingo y la tropa restante de reñ en la Puerta del Sol. Parte de la Guardia civil de ambas armas y un escuadrón del ejército ocuparon el corazón de la villa, y tomadas todas las avenidas, se previno al Gobierno á repeler la fuerza con la fuerza. Pero á la una de la noche, hora en que escribimos, no ha habido necesidad de emplearla, porque al sólo amago de la actitud firme y decidida y resuelta del Gobierno, cada cual ha comprendido que no es lo mismo gritar, silbar y alarmar á los habitantes pacíficos, asustar á las mujeres y los niños, que habérselos con un Gobierno que, depositario de la paz nacional, está dispuesto á que trunfe, mal que pese á los alborotadores y á los torbellinos.

«El Gobierno ha visto que á sus prudentes observaciones ante las turbas, á sus súplicas para conservar la tranquilidad, se le respondió primero con burlas y silbidos, después á pedradas y por la noche á tiros. Creemos que la lección es elocuente, y esperamos que se deje de contemplaciones y benevolencias que se traían por los rebeldes por debilidad y hasta por miedo. Al cerrar este número todo está tranquilo. Madrid descansa en brazos del sueño.

Las Noticias: «Después de cerrar nuestra última edición, se aumentaron los grupos y las manifestaciones tumultuosas en la Puerta del Sol, hasta el punto de alarmar seriamente á los vecinos pacíficos de la corte, y de obligar á las autoridades á adoptar energéticas medidas para reprimir y contener los escándalos que tanto turban ya la tranquilidad pública.

«Se dispuso, pues, que volvieran á reforzarse la guardia del Principal, y que los guardias veteranos intimasen á los alborotadores para que cesaran en sus estrepitosas manifestaciones, y se retiraran. Léjos de atender á las intimaciones repetidas que la fuerza pública hizo se opuso á estos órdenes reiterados una injustificable resistencia, y pasaron ya algunos á las vías de hierro, obligando á los guardias á hacer uso de sus armas, y promoviendo mayores tumultos, carreras, confusiones y atropellos, de los que resultaron lesiones y heridas, algunas graves, y de las cuales daremos las noticias todas que podamos adquirir.

«Hubo también disparos y pedradas contra los guardias, que contestaron haciendo fuego al aire. Se despojó la Puerta del Sol, y más tarde ha habido necesidad de disparar de usar también, después de varias intimaciones, de la fuerza pública para dispersar y restablecer el orden en todas las calles contiguas á la Puerta del Sol.

«Después han circulado por todas las demás calles de Madrid patrullas de infantería y caballería para evitar que los que habían sido lanzados de la Puerta del Sol y sus inmediaciones llevasen la alarma á los demás puntos de la población. Afortunadamente la mayor parte del vecindario ha dado las más cumplidas pruebas de sensatez y cordura, no secundando ni aun indirectamente las tentativas de los alborotadores; y á las altas horas de la noche la población está tranquila, pero siguen las precauciones de las autoridades para evitar que se repitan las tumultuosas escenas que todos lamentamos.

«En la casa-socorro del quinto distrito se han prestado los oportunos auxilios ayer tarde á un joven estudiante, hijo del Sr. Ordaz Aveilla, quien recibió una lesión, en la Puerta del Sol, en una de las corridas que se promovieron en dicho punto.

«Ed la misma casa de socorro han sido atendidos cuidadosamente dos guardias civiles de caballería que, anoche á las ocho, sufrieron unas contusiones hallándose en la Puerta del Sol. Igualmente lo fué un soldado de artillería que recibió dos heridas contusas al pasar por la Puerta del Sol. Asimismo lo ha sido un caballero que sufrió una herida contusa detrás de la oreja, un labrador que recibió una herida contusa en la cabeza, y un sirviente que recibió una herida contusa en la frente que ofrecía ser de gravedad.

«Todos después de haberles hecho la primera cura han sido llevados á sus respectivos domicilios, y los guardias y el soldado de artillería á sus respectivos cuarteles, pues la única contusión grave ha sido la que ha sufrido el sirviente que citamos más arriba.

Anoche, cuando tuvieron efecto las tumultuosas escenas de que damos cuenta en otro lugar, acudieron al ministerio de la Gobernación los ministros, las primeras autoridades civiles y militares, varios generales y otros hombres políticos de importancia.

No entrará ahora en una controversia histórica sobre el carácter de S. S. y de su época, limitándose a sostener lo que he dicho: que cuando los hombres públicos pasan por épocas muy difíciles y tienen que apelar a recursos extremos, a medios energéticos para sostener altos intereses, esos hombres se gastan y no pueden menos de volver acompañados de recuerdos terribles, que inspiran cierta repugnancia, haciéndose incompatibles con el sosiego de los ánimos, no quedando más que un partido de los grandes patriotas, el que tomaban los atenienses cuando se condenaban al ostracismo, el partido de S. S. al retirarse, para que otros aseguraran la paz de su país que él había restablecido.

El señor marqués de MIRAFLORES: El Sr. Alvarez, después de un elogio de mi persona, superior a mis escasos merecimientos, dijo que la administración que tuvo el honor de presidir no significaba la fuerza, sino la vacilación, la debilidad del último período de la vida. Ciertamente que el tema de aquel ministerio era conciliación de los hombres conservadores, por más que no pudieran realizarse; pero cumplo manifestar que sentí en mi pecho bastantes bríos para haber sostenido el orden público de la manera más enérgica si hubiera llegado el caso, y recuerdo a su señoría cierto suceso, cuyo aniversario va a llegar pronto, para asegurarle que el Gobierno se hallaba firmemente dispuesto a impedir cualquiera tentativa dirigida a perturbar la tranquilidad del país.

El señor duque de TETUAN: Voy a ser sumamente parco en el uso de la palabra. Adversario del Gabinete y dispuesto a combatir sus actos que juzgo contrarios al bien de la nación, no he en este momento, porque el señor ministro de la Gobernación ha dicho que se daban gritos subversivos y había grupos en las calles subversivos, en efecto, que en sitio próximo al Senado están acudidos algunos batallones.

No entrará, pues, a discutir con el Gobierno sobre los hechos expresados, limitándose a anunciar que yo y mis amigos políticos estaremos al lado del ministerio para rechazar los ataques revolucionarios, dejando para cuando la tranquilidad se halla restablecida dirigirse desde este sitio los cargos que creamos que merecen, francos y lealmente. Sin embargo, no en son de consejo, sino recordando lo que yo he hecho, diré al Gobierno que no haga más ostentación de la fuerza armada que la necesaria; que deje a los perturbadores la responsabilidad de la primera sangre vertida, y que sólo cuando el ataque se verifique, entonces sin piedad ni consideración destruya a los que quieran alterar el orden público combatiendo las instituciones del país, excitando además a que cuando haya vencido sea muy generoso.

Cierto es que durante mi administración tuvieron lugar dos sucesos muy notables en San Carlos de la Rapita y en Lora. En el primer punto un desventurado Príncipe arrastró sin saber a qué dos batallones engañados, con los que desembarcó en la Península; pero aquello se desmoronó como el humo; también en Lora se alteró el orden, siendo la sublevación reprimida y castigados sus principales autores. Mas yo apelo al testimonio de los señores senadores para que digan si durante el tiempo de mi administración, ni durante esos mismos momentos, creyó nadie seriamente amenazada ninguna de las grandes instituciones del país.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Muy pocas palabras tengo que dirigir al Senado. Empleo dando gracias al señor duque de Tetuan por el apoyo que ofrece al Gobierno en su nombre y en el de sus amigos políticos en estas circunstancias. Así como S. S. está dispuesto a hacerse cargo por lo que crea que debe responder el Gabinete por faltas que en su juicio haya cometido, el Gobierno está también dispuesto a contestar a esos cargos para demostrar al país que a juicio del ministerio, no ha cometido todavía falta alguna; es decir, no ha cometido falta alguna de esas que seriamente en el Parlamento y en el

un gran fondo de justicia, se pueden echar en cara a un Gobierno; porque lo que es falta, todos los hombres las cometemos todos los días; pero no de esas graves que pueden ser objeto de una acusación. Pero el señor duque de Tetuan nos ha dado un consejo.

Yo debo decir a S. S. que antes que nos lo diera lo teníamos en nuestro propio ánimo; porque hay ciertas cosas que los hombres de Gobierno que emplean la fuerza las saben y las ejecutan, y pueden darse consejos mutuamente, porque los tienen siempre dispuestos a seguirlos.

Se nos dice que no se emplee la fuerza pública; y que en caso no se emplee más que la necesaria. Eso es exactamente lo que ha hecho el Gobierno no ha empleado, ni el número de fuerza que necesitaba, ni la ha hecho ejercer de la manera que hubiera podido hacerlo.

El Gobierno que tenía noticia hacia tiempo de que se quería alterar el orden público, no solo en Madrid, sino en varios puntos de España, no ha tomado ninguna precaución, porque el Gobierno tiene dos elementos de seguridad, que son: la senaduría de la nación, el deseo que tiene de paz, su disposición a entrar en las vías legales, en las vías de progreso, en las vías de pacificación que quiere el Sr. D. Cirilo Alvarez, y además la lealtad del ejército, que junto con el deseo de paz que tiene la nación, da al Gobierno una completa seguridad de que serán satisfechos sus deseos.

Señores, yo debo aquí pagar un testimonio de gratitud en nombre del país a la subordinación y disciplina con que el ejército se encuentra y cumple las órdenes del Gobierno.

Con esos dos elementos la paz pública no se alterará, y una revolución no podrá consumarse.

Pero ¿es que en España no hay revolucionarios? ¿Es que en España no existen los que quieren trastornar el orden público y cambiar hacia la faz constitutiva de la nación? Pues que no tenemos señales de mil maneras en que se habla contra las instituciones más sagradas del país? Los que eso hablan y los que eso escriben, ¿no tienen sus prosélitos? ¿no tienen sus manejos, no seducen a los incautos? Y todo esto ¿no puede producir conflictos, ya dentro, ya fuera de la capital del reino? Pues esto es preciso que no suceda, y esto es necesario castigar si acontece.

En Madrid se reunieron antes de anoche, no 2,000, como ha dicho el Sr. Alvarez, se reunieron en los diferentes puntos de la capital más de 8,000 personas, y yo he visto más de 4,000 aglomeradas en la Puerta del Sol en actitud alarmante dando gritos y profiriendo voces subversivas, voces que todas ellas estaban castigadas por el Código. Pues bien: al principio no hubo otra fuerza que la de la autoridad civil, que fue a la calle de Santa Clara, donde había 4 ó 5,000 personas, y a fuerza de mucho trabajo, a fuerza de persuasiones y sin emplear la fuerza material más que la presencia de muy poca de ella, pudo dispersarse de aquel sitio, y se fueron por otras diferentes partes, formando muchas en la Puerta del Sol, en el número que he dicho, porque yo los vi.

En este estado el Gobierno supo que en la plaza del Progreso había también agitación, y que la Carrera de San Gerónimo estaba llena de gentes; y gentes no pacíficas, y no sólo estudiantes, sino gentes que querían un pretexto para ver si el Gobierno no tenía la energía y vigilancia suficiente para llevar adelante una revolución o un motín, o como quiera llamarse; pero, en fin, gentes que faltando a la ley querían poner conflictos a la capital del reino. En esa calle había también uno que estaba predicando, y haciéndoles a los demás la proclama de lo que tenían que hacer; es decir, una proclama subversiva, y en este estado, repito, un solo escuadrón de caballería y dos compañías de infantería, compuesta de 70 hombres nada más, fue la fuerza que el Gobierno puso en la calle.

Al capitán general de Madrid, se le mandó que recorriera las calles, y que fuera al Prado, porque en muchas partes se habían oído voces que indicaban que al punto de reunión era el Prado. El capitán general fué a dicho sitio con su escolta, solamente con su escolta, y yo le envié la mitad del escuadrón que quedaba en la Puerta del Sol, porque ya comprendí el Senado que la fuerza que acompañaba al capitán general hubiera sido poca, para la hostilidad que se ostentaba.

Esa fue la única fuerza, repito, que salió a la calle después de las intimaciones; hubiéramos podido hacer uso de las armas, y no se hizo; y o que se predicaron a algunos con armas en la mano gritando y dando voces que no quiero pronunciar, porque escandalizarían a los señores senadores, pero voces todas que el Código castiga de la manera más severa.

Y los que están presos no son estudiantes todos; el menor número lo son; los demás son trabajadores de los caminos de hierro y otros, artesanos de la población de Madrid. Esta permanencia tranquila, como ha dicho el señor ministro de la Gobernación, y esto es una garantía para la Reina, para el país y un consuelo para el Gobierno. Ya ve, pues, el Senado y el señor duque de Tetuan cómo no se ha abusado de la fuerza.

Ahora voy a contestar muy brevemente al señor don Cirilo Alvarez.

El Sr. Alvarez cree que yo he abusado de la fuerza y de la energía. No lo he hecho nunca. Yo he venido al poder en circunstancias muy críticas; yo no voy a referir; no voy a explicarlas. No tengo más que decir a S. S. que madure si el año 44 cuando vine al poder eran unas circunstancias normales, tranquilas, en que no había necesidad alguna vez de hacer uso de la fuerza.

Después hubo muchos años de paz y tranquilidad. Yo, señores, me congratulo, aunque se diga que es inmodestia en mi decir tal cosa, de que la tranquilidad que entonces se estableció ha podido servir para que muchos Gobiernos la tengan.

Yo he venido después al poder en pos de situaciones apuradas; también he habido necesidad de emplear la fuerza, y los señores senadores conciben fácilmente que cuando en Aranjaz y Despeñaperros se sublevaron no era porque yo estuviera en el poder, sino porque aquella mina estaba cargada de muchísimo años atrás. ¿Y no había que emplear la fuerza para concluir con esa revolución? Lo ejecuté lo hice bien, como procedió también perfectamente el señor duque de Tetuan al emplearlo en Lora y en San Carlos de la Rapita.

Así como S. S. hizo bien en esta ocasión, yo también en la que me refiero, como hacemos bien ahora y todavía no se ha empleado como tenemos derecho y obligación a hacerlo. Pero queremos dar un testimonio de nuestra prudencia, una satisfacción a los hombres que quieren la lealtad llevando ambas cosas hasta el extremo; pero si aun así tuviéramos que emplear la fuerza de la exhortación del señor duque de Tetuan, yo lo tomaré en cuenta y verán los señores senadores cómo hay la energía que se necesita para castigar a los que proclaman voces tan subversivas que no voy a repetir porque no quiero escandalizar al Senado.

En cuanto al retro a que me quiere legar el señor Alvarez, diré que voluntariamente entraría en él; pero no lo haré mientras la voluntad de S. M. quiera ponerme en este puesto o otro cualquiera, porque mi deber y mi amor a S. M. me imponen responder siempre a mi llamamiento, y allí donde me diga S. M. allí iré. Y mientras tenga mayoría en los Cuerpos colegisladores y la voluntad de S. M., creo que estoy bien en este sitio; porque si el Sr. Alvarez piensa de diversa manera, yo creo, y permitame S. S. esta jactancia, que la mayoría de la nación piensa de otra manera. Como la nación está representada por los Cuerpos colegisladores, a ellos me refiero; cuando me falte ma-

yoría en ellos, entonces me iré al retiro; y si fuesen necesario a la felicidad de mi patria, también me dirigiré sin murmurar, al ostracismo. Mientras tanto, cumpliré con mis deberes.

El Sr. ALVAREZ: No me levanto sino a indicar al señor marqués de Miraflores que cuando hablé de su ministerio no fue mi ánimo el ofender a S. S., sino compararle con otros Gobiernos que, presididos por jefes de guerra, sin dejar de simbolizar el derecho simbolizar principalmente la fuerza.

El señor duque de la TORRE: Cuatro palabras para contestar a una alusión del señor marqués de Molins.

Es cierto que antes de anoche me hallaba en el Conservatorio, y que allí nadie se alarmó, por lo que no me pareció que debía hacerlo, un capitán general: pasé a las once y media por la Puerta del Sol; y viéndolo la completa tranquilidad que reinaba, me retiré a mi casa. Pero debo decir que los generales que fueron al Principado, fueron oficiales, no oficialmente, pues hay una orden para que los generales estén en sus casas en los momentos como el de que se trata, siendo el puesto de los capitanes generales el Real Palacio; y allí, está seguro el Gobierno que no faltaremos siempre que puedan necesitarse nuestras espaldas.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: No pensaba en el señor duque de la Torre cuando hablé del concierto del Conservatorio, ni tampoco extrañé que no se encontrara en el Principado, como que no estuvieran allí otras muchas personas. No he dado, por consiguiente, motivo que justifique las explicaciones de su señoría.

El señor duque de TETUAN: Ha dicho que el Gobierno debe proceder con energía; pero es preciso también alejar ese caso; añadiendo ahora que cuando se trate de masas pacíficas e inermes, no deben emplearse los sables y las bayonetas, sino esperar a que los perturbadores ataquen a las tropas.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Que no se puede hacer uso de la fuerza sino en caso necesario, ni tratar del mismo modo a personas inermes que al que se presente armado, en eso estamos conformes; pero también sucede que las masas inermes y todo resisten pasiva y materialmente a la autoridad y luego a la fuerza pública, en cuyo caso yo no sé lo que que yo he de hacer. Si una masa ocupa un punto y no se retira a pesar de las repetidas intimaciones de la fuerza pública, ¿qué partido se toma? ¿Se deja que aquella crezca, que se escarnezca la autoridad, y se alarmen las gentes pacíficas? No puede ser, hay una cierta forma revolucionaria pasiva, y yo he visto en un país muy constituido, donde la autoridad al cabo ha tenido que acudir a ciertas demostraciones materiales, a los golpes dados con templanza, pero al fin golpes: esto lo he visto yo en Inglaterra.

En un extremo desgraciadamente no veo más remedio que apelar al recurso de la fuerza, cuya conducta creo que también aprobará el señor duque de Tetuan.

El señor duque de TETUAN: Ha dicho el señor ministro que el pueblo de Madrid en su inmensa mayoría no tomó parte en los sucesos, y que sus principales autores eran muchachos de 14 ó 16 años. (El señor ministro de la Gobernación: No he dicho eso). Pues bien: lo dije yo porque es verdad; como que son los estudiantes de la Universidad, a los cuales, según su señoría, se unieron algunos jornaleros y multitud de curiosos, siendo muy corto el número de los que verdaderamente querían promover alboroto; y me pregunta el señor ministro qué habría hecho yo. Una cosa muy sencilla: desplegar fuerza de caballería para coger de cerca a cerca la calle, y hacer marchar de frente a los caballos, con cuya demostración los curiosos se hubieran retirado; y si la masa se convertía en ofensiva, entonces acuchillarla.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Me complazco en oír al señor duque de Tetuan; porque no parece sino que S. S. estuvo en la Puerta del Sol anoche, pues allí se hizo precisamente lo que yo señalaba.

Por lo que aconseja; mas sabe S. S. lo que resultaba? Que los grupos se retiraban ante los caballos para replegarse a las calles inmediatas; y dando la vuelta al Principado, volver a reunirse de nuevo en la plaza, repitiéndose varias veces ese caso de la caballería de que nos ha hablado el señor duque de Tetuan.

Voy a hablar de los revolucionarios y de su calidad. Hay 28 presos: cinco ó seis son estudiantes; algunos trabajadores del ferro-carril; otros sin profesión conocida; de 16 años no hay ninguno.

En cuanto al número de revoltosos, insistiendo en que no eran menos de los que he indicado, me parece que el señor duque de Tetuan convendrá en que es muy corto relativamente a la población de Madrid, y que puede muy bien decirse que ésta no tomó parte en los sucesos.

El señor duque de TETUAN: Una pregunta: ¿cuántos soldados heridos ha habido la otra noche?

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Ha habido dos guardias civiles, uno herido y otro fuertemente contuso.

El señor PRESIDENTE: Queda terminado este incidente. Orden del día para mañana: discusión, y en su caso votación definitiva del proyecto de ley sobre concesión de un suplemento de crédito para material de carreteras de primer orden, y lectura del dictamen de la comisión relativo al proyecto de ley por el cual se declaró reincorporado a la Monarquía el territorio de la República dominicana, no más tarde de este tiempo.

Se levanta la sesión.

Eran las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.

Se levantó la sesión a las cinco y cuarto.